

P. Mauro-Giuseppe Lepori, Abad General OCist

### **Comunidad: la verdad y la misericordia**

#### **El problema fundamental y original**

Cuando empecé a preparar esta intervención, en el Oficio de Vigilias, se leyó la lectura de la tercera carta de san Juan, y me llamó la atención la insistencia del apóstol, en este breve texto, por el tema de la verdad, y una verdad que siempre se manifiesta o se niega en el contexto de la vida comunitaria.

*“Yo, el Presbítero, saludo a mi querido hermano Gayo, a quien amo en la verdad (...) Me alegré mucho cuando llegaron algunos hermanos y dieron testimonio de tu adhesión a la verdad, porque efectivamente tú vives de acuerdo con ella, y mi mayor alegría es saber que mis hijos viven en la verdad.*

*Querido hermano, tú obras fielmente, al ponerte al servicio de tus hermanos, incluso de los que están de paso, y ellos dieron testimonio de tu amor delante de la Iglesia. Harás bien en ayudarlos para que puedan proseguir su viaje de una manera digna de Dios, porque ellos se pusieron en camino para servir a Cristo, sin aceptar nada de los paganos. Por eso debemos acogerlos, a fin de colaborar con ellos en favor de la verdad. Yo escribí una carta a la Iglesia, pero Diótrefes, que aspira a ocupar el primer puesto en ella, no reconoce nuestra autoridad. Por eso, cuando vaya, le echaré en cara el mal que hace hablando en contra de nosotros. Y no contento con esto, no quiere recibir a los hermanos, y a los que quisieran recibirlos, les prohíbe que lo hagan y los expulsa de la Iglesia.*

*Querido hermano, no imites lo malo, sino lo bueno. El que hace el bien pertenece a Dios, pero el que hace el mal no ha visto a Dios.*

*En cambio, todos dan testimonio en favor de Demetrio, y la verdad confirma este testimonio. Nosotros también lo hacemos, y tú sabes que nuestro testimonio es verdadero. (...)*

Al leer este texto, fue como si las expresiones y sentencias de San Juan fuesen una descripción de mis sentimientos que vivo al tener que enfrentarme, cada vez más, con la vida de tantas comunidades de mi orden, y no solo en mi propia orden. Gradualmente, a medida que desarrollo el ministerio que me ha sido confiado, que es básicamente de ser pastor las comunidades, pastor diferentes rebaños en lugar de serlo de ovejas individuales, experimento cada vez más que, que en la base de todos los problemas que surgen en las comunidades, el problema esencial es el de *la verdad*.

En el encuentro con a una comunidad, por ejemplo, en una visita canónica, la primera cosa que, a menudo salta a la vista, es la falta de unidad, de fraternidad, en resumen, la falta de amor. Pero si se mira de cerca, si se profundiza, vemos que en la raíz de esta falta de amor hay una falta de verdad. En otras palabras: cuando visito a una comunidad, me doy cuenta de que lo que está en juego es sin duda el amor, la unidad,

la fraternidad, la comunión, pero para desarrollar el amor en una comunidad, la cuestión es la verdad.

### **La forma de la serpiente**

La falta de verdad es algo difícil de entender. Desde el principio, tiene la forma simbólica de la serpiente, la serpiente por la mentira o media mentira, precipitó a la criatura humana en el pecado. Se podría decir que las medias mentiras son quizás incluso un mayor engaño que las propias mentiras. Por ello las medias mentiras son peores, hacen más daño, que las mentiras completas. Si es de noche, sé que la luz no está presente, pero si estando en la oscuridad, creo que puedo ver con claridad, entonces estoy equivocado. Jesús hizo alusión a este peligro cuando dijo: *"Sea vuestro lenguaje: "sí, sí"; "no, no": que lo que pasa de aquí viene del Maligno."* (Mt, 37)

La mentira es lo contrario de la verdad. Pero la mentira a medias coincide con la media verdad. La verdad es como el café: está bueno o muy caliente o helado; tibio da asco. *"Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca."*(Apocalipsis 3.15 a 16). ¿Quién dijo esto? *"El que es el Amén, el testigo fiel y verdadero, el Principio de la creación de Dios"* (3:14). Y añade: *"Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepiéntete."* (3,19), lo que significa: a los que amo, les digo la verdad, la verdad de su vida, de su postura ante la vida, incluso si esto significa revelar la mentira a medias en la que viven.

Básicamente, la media mentira es la mentira que no se logra desenmascarar. La media mentira, de hecho, se esconde detrás de una verdad a medias. Es difícil y agotador estar delante de una persona o una comunidad de la que nunca llegamos a penetrar la media verdad en la que está para llegar a encontrarnos frente a frente con la mentira a medias que se esconde detrás de ella. Son como la luna, de la que solo podemos ver una cara iluminada, o como un "tentetieso," que aunque lo movamos siempre queda en la misma posición debido a un peso oculto en su interior.

A veces, nos parece llegar a esa parte oculta, pero en cuanto se toca, la media verdad reaparece como un escudo, y nos tenemos que retirar sin haber ni tocado el fondo de la cuestión, aquello que permitiría ser iluminado por la verdad e iluminar también la cara oculta de la luna.

Tengo que reconocer que este es el aspecto más doloroso de mi ministerio. Pero también la experiencia que me permite ser más y más consciente de mis propias medias mentiras y medias verdades, mi propia caras ocultas. A menudo estamos convencidos de que podemos mantener oculto un rostro que por el contrario, a la larga, es obvio para los demás. Cuando nuestra cara oculta se descubre, es una toma de conciencia que nos humilla, pero puede ser nuestra salvación si la aceptamos, incluso, con un poco de buen humor. Cierta vez, un amigo me preguntó de pasada, *"¿No eres un poco caprichoso?"*. Otro que me dijo en un tono claro: *"¡eres muy goloso!"*. Y podría citar muchos otros ejemplos, menos simpáticos.

### **Actitud de confesión**

La toma de conciencia sobre nosotros mismos, que en una vida comunitaria sana se debería suscitar y mantener durante el proceso de conversión, es esencial para el ejercicio de la misericordia. Solo Dios puede ser totalmente misericordioso sin tener que experimentar la vergüenza de su propia miseria. Nosotros necesitamos tener conocimiento de nuestra miseria, sentir la humillación, para tener una naturaleza compasiva con nuestros hermanos y hermanas. ¿Somos, entonces, nosotros ciegos que guían a otros ciegos? Quizás seamos tuertos que acompañan a otros tuertos pero con la condición de que nuestro único ojo nos haga ver que no lo vemos todo, que hay en nuestra vida una zona en la oscuridad que no somos capaces de ver. Una zona de oscuridad que hemos aceptado que tenemos que traspasar, reconocer, o por lo menos, admitir que otros las pueden reconocer (nosotros no podemos ni ver nuestra nuca), y nos las dicen y muestran desde su luz como si fueran un retrovisor.

Veo por todas partes como el conjunto de comunidades empiezan a ir bien y a hacer el bien desde el momento en que aceptan que en ellas hay medias verdades y medias mentiras, desde ese momento inician un proceso de conversión en el que pueden reconocerlas, sanarlas, al tiempo que son una ocasión para crecer en la verdad y en la humildad. Una abadesa de mi Orden recordó a sus hermanas en un capítulo que no estamos llamados a ser testigos de la perfección, sino testigos de conversión. Una mentira reconocida se convierte en verdad, la verdad de la persona que la reconoce, que la confiesa. Y este acto de verdad tiene una fuerza radiante que nunca se queda sin fertilidad, sin ser una influencia positiva en los que nos rodean y, sobretodo, por la misteriosa comunicación con Cristo, que haciéndose hombre, ha creado en la humanidad.

Tal vez podamos tomar mayor conciencia de ello a través de la gracia del Año Santo de la Misericordia y el énfasis en una renovación de la práctica del sacramento de la penitencia. Pero quizás no siempre captamos la insistencia del Papa Francisco sobre la infinita gratuidad del perdón de Dios que nos tendrían que ayudar a vivir este sacramento, más bien como el sacramento de la verdad y no de la penitencia. El termino “confesión” después del Concilio ha quedado algo anticuado, pero, quizás sea la mejor manera de calificar este sacramento, ya que confesar implica afirmar la verdad, decir la verdad, en, este caso, del mal que hay en nosotros, de nuestros pecados, de nuestras mentiras. Confesar nuestros pecados es un acato de afirmar nuestra verdad sobre nosotros mismos, y al tiempo que afirma nuestra fe, afirma la verdad de Dios, un acto que nos puede llevar hasta el martirio. Aquello que une estas dos confesiones es la verdad. La verdad, es verdad cuando la expresamos sobre nuestra miseria o sobre Dios. Esto es lo hace tan intensas Las Confesiones de San Agustín. Pero también el *Salmo 50*, el *Misere de David*. La verdad más profunda de Dios está en su amor misericordioso, el pecador que confiesa sus pecados para abrirse al perdón, tal vez, hace la más sublime confesión de la verdad de Dios que un ser humano pueda expresar.

Cuando una comunidad cultiva esta actitud de confesar la verdad de si delante del otro, que desactiva la lógica de la mentira, puede convertirse en un lugar de misericordia, un lugar de amor. Sin la verdad, y en primer lugar eligiendo la verdad que nos pone en evidencia a nosotros mismos, la comunidad se convierte en un grupo de falsos hermanos.

Esta es la experiencia más desagradable en la visita canónica de algunas comunidades: cuando todo el mundo expresa su media verdad acusando a los demás de sus medias mentiras, al final me encuentro tan estupefacto y aturdido, mirando al vacío, y me pregunto: ¿A quién debo creer? ¿Es posible creer a alguien? ¿Dónde está la verdad?

### **Acoger la verdad**

Pero es precisamente en estos momentos cuando se revela con toda su luz lo que podría llamarse la verdad de la verdad. La verdad de la verdad es que nosotros mismos no podemos buscar y encontrar la verdad dentro de nosotros mismos, ni entre nosotros, sino que la tenemos que acoger del Otro, el único Testigo verdadero, de *“el que es el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios” (Ap 3, 14)*. Cuando buscamos la verdad como si fuese nuestra, más pronto o más tarde fracasaremos. Como Pilatos en el juicio de Jesús. El también se dio cuenta de que la verdad no podía venir de los judíos, ni de la muchedumbre, ni de los testigos. En el transcurso de su investigación, en la que no llegaba a ninguna parte, por un instante, tuvo la intuición de que la verdad solo podía venir de Jesús: *“¿Qué es la verdad?” (Jn 18, 38)* Pilatos hizo la pregunta, pero huyendo de la respuesta.

En Jesús hubo un silencio y una palabra que desconcertó a Pilatos, pues tiraba por tierra todas las mentiras o medias mentiras de todos los que intervenían en su proceso. También desenmascaró la propia mentira de Pilatos. *“Pilatos entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Pero Jesús no le respondió. Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte y autoridad para soltarte? Respondió Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra mí si no te fuera dada de arriba” (Jn 19, 9-11)*.

El verdadero problema de la falta de verdad dentro de un grupo humano, y especialmente en las comunidades, no es tanto las mentiras, medias mentiras o medias verdades, sino el olvido de que la verdad no viene nosotros, no es obra nuestra, ni individual ni colectiva. La verdad para nosotros es siempre una revelación, un *apocalipsis* en el sentido etimológico del término, algo escondido que se manifiesta, una de-formación de una verdad que no es nuestra ni creada por nosotros. La tentación más grave de la serpiente, en el fondo, es sugerirnos que podríamos ser nosotros mismos los creadores de la verdad.

Recientemente, en una muy buena comunidad de monjas de mi Orden, se descubrió que una hermana joven había logrado, durante seis años, construir todo un castillo de mentiras acerca de sí misma, de su pasado, de su familia, de sus amigos. Luego, poco antes de su profesión solemne, gracias a una circunstancia trivial, sus superiores pudieron descubrir su mentira por un pequeño detalle, y que hizo que todo el castillo se desmoronara. La hermana, como es natural, tuvo que dejar el monasterio de inmediato. Pero la comunidad se encontró a sí misma como frente a un absurdo. ¿A quién podemos creer, en quién confiar, cómo puede ser posible que durante seis años un miembro de la comunidad les hiciera creer tantas mentiras? También yo he experimentado esto un par de veces, por ejemplo, descubriendo que personas que inspiraban toda nuestra confianza y que parecían ayudarnos con gran profesionalidad y generosidad eran sólo los estafadores sin escrúpulos. Pero en el caso de los delincuentes, la mentira, al menos, tiene “sentido” al intentar estafarnos. Es terrible,

pero no es demasiado absurda. Pero esta hermana, ¿por qué mentir? Ella no ocultó el pasado de su vida o de su familia por temer a ser rechazada por la comunidad. Fue mentir por mentir. Por supuesto, esto puede ser, y probablemente se explique, por un trastorno psicológico grave. Pero, también creo, que este comportamiento nos alerta de algo que no se debe olvidar: la mentira tiene un encanto, el encanto de la serpiente, el encanto de Satanás, que es el encanto del poder, de un poder muy sutil, muy "espiritual": el poder de crear la verdad, de ser nosotros mismos los creadores de la verdad. El encanto de poseer la verdad sin recibirla de Dios, y por lo tanto sin recibirla a través de la realidad, la realidad de nosotros mismos, de los demás, de todo. Es un encanto que hace nos hace carantoñas en la esencia del orgullo, el de Lucifer, la primera criatura que quería crear una verdad sin recibirla de Dios, sin escuchar a Dios, sin obedecer a Dios. Satanás no es mentiroso por miedo, sino por orgullo, por la ambición del poder, por la vanidad. Como Jesús dijo con amargura, dirigiéndose a los fariseos: *"Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Este era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira. Pero a mí, como os digo la verdad, no me creéis."* (Jn, 8 44-45)

Por la tanto, debemos estar muy alerta del origen envenenado del que surgen las acusaciones que, a menudo, se hacen circular entre hermanos y hermanas, entre los miembros de una familia, de una comunidad, de la Iglesia, de un pueblo. La acusación al otro muy a menudo hace sentir el sabor excitante de ostentar el poder de la creación de la verdad sobre nuestro vecino, nuestro hermano, sobre todos y todos

### **De la maldición a la bendición**

*"Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados."* (Lc 6,36 a 37). Grande es la insistencia en el Nuevo Testamento y, actualmente del Papa Francisco, de evitar las palabras que maldicen, que hablan mal de otros, que juzgan a los otros, porque con esta actitud se niega que la verdad viene solamente Dios, un Dios que es Padre misericordioso.

San Pedro, en su primera carta, insiste sobre este tema, y también San Benito en el prólogo de su Regla, citando el Salmo 33:

*El que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua del mal y sus labios de la falsedad. Apártese del mal y haga el bien; busque la paz y corra tras ella. Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus suplicas; pero el rostro del Señor esta contra los que hacen el mal.* (1 P 3,8-11 ; cf. Ps 33,13-17)

La bendición, de la que San Pedro nos habla aquí, no debe entenderse sólo como un gesto de bondad o de actitud de benevolencia, sino, como un acto de la verdad, un lo que significa literalmente "decir bien del otro". Y aquí queda claro que esta gran verdad que decimos -del otro y al otro- no viene de nosotros, es una verdad que debemos pedirle a Dios y recibirla de Él: "invocar la bendición sobre los demás". Por lo que también nosotros nos abrimos en esta bondad de la verdad proveniente de Dios: de "ser herederos de esta bendición".

Como ya he mencionado, a veces oímos en las comunidades tantas acusaciones, tantos problemas, escuchamos tantas maldiciones el uno del otro, ya no se sabe a quién creer, no sabemos dónde está la verdad. Puede que nos consuele que San Pedro, San Pablo, San Juan y San Jaime, experimentaron lo mismo en las primeras comunidades cristianas,... Pero, sobre todo, ellos estaban de total acuerdo en que nunca hay que buscar la verdad mediante la confrontación, los chismes, sino invocando la bendición, verdad buena que viene de Dios la quiere para todos y cada uno de nosotros. Hay que buscar, crear una grieta que nos permite, en esta situación, que entre la verdad original de la bendición de Dios.

Hablo de mentira, incluso si los que acusan y critican puedan, a menudo, estar en lo cierto. Tener la razón no es conocer la verdad. Porque la verdad es una realidad total que ningún hombre, como hombre, nunca puede comprender en su totalidad. Nunca se renueva a una comunidad a partir de acusaciones, aunque sean justas. Se puede tener razón al describir el comportamiento de un hermano, una hermana, una comunidad entera, pero todavía no se ha alcanzado la verdad sobre ellos. Sólo Dios puede conocer y entender la verdad de una persona, de un corazón, de una vida, de una libertad.

Entonces, ¿significa esto que nunca podremos alcanzar esta verdad? Sí se puede, pero sólo si nos ponemos en disposición de dar la bienvenida a la verdad de Dios sobre la otra persona, y, por supuesto, y en primer lugar, sobre nosotros mismos.

### **Ser obedientes a la verdad de amarnos como hermanos**

Lo esencial de nuestro tema se expresa en una hermosa síntesis en dos versículos de la primera cara de San Pedro. Dice así:

*“Puesto que en obediencia a la verdad habéis purificado vuestras almas para un amor sincero de hermanos, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro. Pues habéis nacido de nuevo, no de una simiente corruptible, sino de una que es incorruptible, es decir, mediante la palabra de Dios que vive y permanece”.* (1 P 1,22-23).

La obediencia a la verdad nos purifica para amarnos como hermanos. Y aquí Pedro nos ayuda a comprender que la obediencia a la verdad coincide con un renacimiento desde lo alto, a ser engendrados por Dios, por medio de la semilla incorruptible de su palabra viva y eterna.

Encuentro que estas palabras de San Pedro nos ayudan a hacer la mayor parte de todo el camino de conversión de vida que nos propone San Benito en su Regla, y que los cistercienses retomaron con el deseo de ir a lo profundo. Cualquier regla, de hecho, ofrece apoyo, purificación de nuestras almas, es decir, de neutras personas, que culmina en una escucha obediente de la verdad sobre Dios, de nosotros mismos y de los demás y que da como fruto el amor fraterno, es decir, una "Filadelfia" sincera, "no hipócrita," donde nos amamos unos a otros con un corazón puro, verdadero, atento: se podría decir "transparente". Y esta es la obediencia filial, porque nos da el don de vivir la escucha interior engendrada por Dios, que nos hace "renacer" a través de su Palabra, su Palabra viva y permanente, que queda en nosotros.

Este pasaje de San Pedro es demasiado intenso para agotarlo hoy, especialmente en relación con la Regla de San Benito, que es como el cumplimiento de este núcleo en el tiempo y en el espacio de nuestra vida en todos sus aspectos.

### **Pistas de trabajo**

Para recordar algunas líneas de trabajo y de reflexión que nos puedan ayudar a profundizar a elaborar desde la fuente de nuestro carisma, estos son los elementos esenciales y, en mi opinión, más urgentes hoy para monjes y monjas, para los cristianos laicos que buscan orientación para vivir en el mundo su vocación en plenitud.

En primer lugar, si la verdad no es “nuestra verdad”, y si al mismo tiempo tenemos necesidad de ella para vivir en plenitud el amor fraterno, es esencial no evitar nunca la obediencia a la verdad de la palabra de Dios. Eso significa que no es posible alcanzar el amor sin la escucha, sin la obediencia a la palabra. En consecuencia, sin el silencio, sin el silencio de la meditación de la palabra de Dios, que tanto nos insiste San Benito. Me repito, pero este es un problema muy grave en muchas comunidades: pretenden amarse los unos a los otros pero no buscan la renovación en la fuente de la obediencia a la verdad. Sin silencio no aprendemos a bendecir en lugar de maldecir. No podemos escuchar la bondad y belleza de la palabra del Evangelio, la que única que nos puede engendrar una *filadelfia* sincera.

Pero, la verdad no es el producto de nuestra ansia de poder. Los que son responsables de cualquier comunidad no debe renunciar al Ministerio de la generación de la semilla de la palabra viva y permanente de Dios. Un superior que no enseña, es decir, no intenta, al menos, preocuparse por nutrir con el alimento de la palabra a su comunidad, nunca va a formar una comunidad de hermanos o hermanas.

Unido a esto está la importancia de la tradición, en el sentido profundo y no superficial: la transmisión de la posesión de la semilla de la palabra viva de Dios a través de los siglos, a través de los santos, los carismas que el Espíritu ha sembrado, a través de la enseñanza de la Iglesia entera. Esto es esencial para no reducir la verdad a un producto estéril de nuestro orgullo y de nuestra vanidad.

Hay un aspecto que me parece cada vez más necesario que se recupere hoy: la comunión en la escucha de la palabra. Una comunidad es un *filadelfia* real y sincera si cultiva su unidad en la escucha común y compartida de la Palabra del Dios vivo y presente, en la liturgia, por supuesto, pero también mediante el intercambio de la palabra en el diálogo. Compartir la palabra de Dios significa compartir el silencio y la palabra, las experiencias, alegrías y penas, como un pueblo peregrino en el desierto. Sin esto, una comunidad está unida por la vida, pero no como un cuerpo humano, sino con el funcionamiento de una máquina.

En la actualidad, el mundo necesita ver testigos de vida de comunión fraterna, que a pesar de todas nuestras miserias, realmente, *“el amor y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan” (Sl 84, 11)* como dos esposos para dar vida.